

GLOBALIZACIÓN, TECNOLOGÍA Y LIBERTAD

La ilusión de la perfectibilidad o el mito prometeico a menudo han extrapolado las etapas de cambio acelerado de la experiencia humana trastocando sus límites hasta revertir en la falacia cíclica de un progreso lineal e ininterrumpido. Después de las catástrofes del siglo XX, la globalización tiene todas las características –y más– para inducir a una suerte de significación imaginaria universalizable que compita con anteriores ensueños de libertad y de perfección. Da pie para la fabulación utópica, como la han trazado los escritores de ciencia-ficción. De ser así, habríamos caído en la vieja tentación imposible de los paraísos en la Tierra, pero esa marcha triunfal a lomos del oleaje globalizador y del “chip” pierde parte de fragor al constatar la finitud de nuestros poderes de acción y la siempre restringida capacidad del hombre para transformar el mundo. Los prodigios de la globalización son muchos, pero ni ahora ni seguramente nunca van a dejar instituido un sentido definitivo de la Historia. Incluso así, la globalización abre puertas a la riqueza y a la libertad, propulsadas por la imaginación tecnológica.

La evidencia hacía probable que el movimiento antiglobalización fuese perdiendo aliento de forma muy rápida mientras crece el consenso sobre los pros y contras. Desde luego hay quien pierde y hay quien gana, pero a

Valentí Puig es escritor.

la vista está que son más los que ganan que los que pierden. En el legendario Instituto de Tecnología de Massachussets han diseñado un sistema de mapas que demuestran con flujos de luz de qué modo y con qué intensidad las llamadas telefónicas internacionales y el tráfico de información por la red de telecomunicaciones tienen lugar entre Nueva York y un conjunto de doscientos países. El director del proyecto, Cario Ratti, ha dicho al semanario *Newsweek* (sección “The Technologist” Benjamin Sutherland, artículo “Emocional Connections”, 10-03-08): “Es como tener un panorama de la globalización en tiempo real”. Desde 1990 la economía mundial conoce un buen crecimiento medio y no pocos centenares de millones de personas escapan a la pobreza. Ese ciclo de desarrollo intensivo es consecuencia de la globalización, la revolución de las tecnologías de la información, de la renovación de la norma liberal de regulación del capitalismo. Dada la rapidez de los motores y las turbinas de esa economía global, algunos hablan de una trombosis de los mercados. Lo cierto es que el sistema capitalista hasta ahora es el que más se ha adaptado a la naturaleza de las cosas, a la naturaleza humana, a los órdenes espontáneos que desarrolla la acción humana.

¿Será practicable un orden reformista para el mundo en proceso acelerado de globalización? Los historiadores detectan precedentes positivos en la fase mundial que transcurre entre 1814 y 1914. Es una etapa considerada como precursora de la globalización actual, con una economía mundial muy móvil, plástica y multilateral, con las mínimas dosis de protecciones y de intervención estatal. Al revisar aquellos cien años de “pax” económica que concluye con el pistoletazo de Sarajevo, la economía social de mercado se refiere al requisito de un “sólido marco político-moral de un orden internacional”, a sabiendas de que el establecimiento de un sistema de ordenación internacional pertenece al capítulo de hechos excepcionales en la historia del mundo. Un ordenamiento jurídico consistente y un código tácito de normas mínimas de moral acatado por todos –dice Ropke– genera una atmósfera de seguridad y mutua confianza porque la integración económica sólo puede desarrollarse hasta donde se cumplan los postulados de un sistema de derecho y del correspondiente sistema moral. Uno de los peligros de la regulación de las dinámicas globalizadoras es un viejo conocido: la centralización, el morbo planificador. Como

prospección más idealizada existe sobre el papel del plan de una democracia cosmopolita que –según politólogos como David Held– propone “globalizar la democracia y democratizar la globalización”. Eso es la improbable hegemonía de las buenas palabras. El dilema resultante es más o menos normativo. Sería paradójico que después de la laboriosa tarea de desregular las economías nacionales tuviéramos una economía global hiper-regulada. Por ahora, aumentan las adhesiones a la actitud general anti-proteccionista, aunque eso no sea irreversible, del mismo modo que al final se ha generado un amplio consenso contra la inflación.

Se trata de definir el presente en marcha, en devenir de múltiples simultaneidades, un mundo global que es un entrecruce incesante de “bits” sin peso, a la velocidad de la luz. Fundamentalmente, han coincidido tres factores: el derrumbe del Muro de Berlín que lleva a chinos, rusos e indios al capitalismo; Internet, que anula el tiempo; la mensajería aérea de bajo coste, que anula el espacio. En las secuencias del film futurista “Blade Runner” no se imaginó la existencia del teléfono móvil y ahora ya ha cambiado nuestras vidas. En las gasolineras españolas, hace tiempo que la venta de recargas para teléfonos móviles aventaja en volumen comercial al tabaco. Tanta complejidad anonada y fascina. El ritmo es abrumador, para un horizonte de interconexión global, ciberespacial en el que operemos con transistores cuánticos de menor tamaño que una neurona y circuitos neuronales de casi tanta fuerza como el cerebro humano. Instantaneidad financiera, nuevas migraciones, vuelcos geo-económicos: vamos a ver muchas cosas.

Ajenos ya al mito corruptor del hombre nuevo o del superhombre, en ese mundo globalizado contemplamos con cierto temor el futuro de nuestro trabajo. Lo que sabemos es que el cambio nos afectará a todos. Uno ya no puede suponer que la forma de trabajo a la que tuvo acceso en la juventud vaya a durar para siempre. Cada vez es más evidente que, más que nunca, estamos obligados a un aprendizaje permanente, para no quedar postergados en la sociedad del conocimiento. Uno tiene que adiestrarse intelectualmente todos los días para poder ser competitivo. Ni es bueno ni es malo: es así. En las páginas de *En defensa de la globalización* (2004), Jagdish Bhagwati habla de una velocidad óptima de la globalización en lugar

de velocidad máxima. Sea como sea, la fórmula imperante es que el comercio mejora el crecimiento y que el crecimiento reduce la pobreza. Es la lección empírica del capitalismo en sus diversas fases evolutivas, hoy en el umbral de la sociedad del conocimiento de un mundo metacapitalista. De esa misma deducción empírica se colige que la pobreza no es lo mismo que la desigualdad. Lo viene sosteniendo Xavier Sala i Martin, en documentos como *Globalización y reducción de la pobreza* (2006). La globalización ha reducido la pobreza. Ocurrió en Asia y puede producirse algo parecido en África. En cuanto al cálculo de las desigualdades, son muy diversas los modos de cuantificación, y al final puede darse el caso de que determinadas formas de desigualdad generen impulsos beneficiosos.

En estos momentos, la Organización Mundial del Comercio ocupa una posición crucial en el panorama de la globalización y eso hace inevitable que se hable de su posible déficit democrático, como ocurre con la Unión Europea. Las naciones ponen a prueba su ingenio camuflando las barreras comerciales para la protección de sus intereses. Washington, por ejemplo, desea expandir sus mercados con la eliminación de las barreras comerciales relativas al cine o a la televisión mientras que Francia usa la eufemística “excepción cultural” para protegerse. El presidente de Sony Pictures Entertainment, Michael Lyton, piensa por el contrario que las fuerzas de la globalización en realidad incentivan la proliferación de la diversidad cultural. Cierto es que algunos productos tienen atractivo global pero no es sostenible que la globalización anule culturas autóctonas. En todo el mundo fascina “Spider Man” pero cada público luego tiene también sus propios héroes y villanos, sus actores y directores nacionales predilectos porque hay el deseo de ver en la pantalla el retrato, los rasgos de la sociedad en la que cada uno vive concretamente. No es casual que los directores chinos, españoles, mexicanos o rusos estén triunfando en Hollywood. El Hollywood de la India, Bollywood, es una mina de oro. Comienza a ocurrir lo mismo en televisión. La globalización significa trasvase, traslación, transferencia. A partir de un culebrón colombiano, “Yo soy Betty, la fea”, las adaptaciones han sido múltiples.

China está en las trincheras de la globalización, dispuesta a todo. En la Copa Africana de las Naciones, en el partido entre Egipto y Camerún, el

público egipcio comprobó que las banderas de su país llevaban el rótulo de “Made in China”. En Egipto, los productos chinos tienen una omnipresencia llamativa. También los fanales para el Ramadán llevan el “Made in China”, y las prendas de vestir, la electrónica y las motocicletas. Los foros del fútbol egipcio compran las banderas importadas de China porque son las más baratas pero creen que las banderas fetén son las hechas con más primor en el mismo Egipto. También prefieren los productos europeos, pero ya como un lujo. En cualquier momento, China pudiera pasar por delante de los Estados Unidos como principal exportador.

En la nueva geografía del poder, la cuenta de llamadas telefónicas internacionales da una medida aproximada de la globalización. Eso vale para los locutorios de barrios de inmigrantes que llaman a su país de origen y también vale para los despachos de la City londinense, de Wall Street o de la bolsa de Frankfurt. Esas interconexiones son parte vital del sistema nervioso de un mundo globalizado. Desgraciadamente, en los mapas del Instituto de Tecnología de Massachussets África no existe como flujo de telecomunicación. Pero, en general, la conexión en el mundo es la más alta de la historia. Aún así, Sala i Martin afirma –*La Vanguardia*, 17-03-08– que África ha tenido tasas de crecimiento positivos durante doce años y eso no había pasado nunca. Los niveles de pobreza extrema han bajado del 46% en 1995 al 37% en 2007. Ahí cuentan mucho las subidas de precios de las materias primas y del crudo pero a la vez otros factores: más democracia, menor inflación, mayor equilibrio en déficit y balanzas comerciales, reducción de la deuda, penetración muy rápida de las nuevas tecnologías –telefonía móvil, por ejemplo– y China como cliente. Ése es un factor más ambivalente.

La Historia como experiencia humana tiene en todo este proceso un papel central porque la globalización tal como la estamos viviendo procede del largo trato del ser humano con los mercados: la historia de la humanidad jamás ha conocido una sociedad que –según Martin Wolf– haya producido bienes de primera necesidad con una abundancia comparable a la que ha logrado producir la economía de mercado. Ahora su paradigma es la rapidez de adaptación a la tecnología de red y la liberalización de este debate viene a ser una prueba más de la potencia y realidad de la globali-

zación. Los consumidores deciden en todo instante lo que más les conviene, según sus intereses y posibilidades. Son los grandes beneficiarios de la globalización, aunque si no se reducen las desigualdades generadas por la pobreza no habrá estabilidad en el mundo. Por eso ya se han tanteado mil sistemas para reducir la deuda exterior de los países más pobres. El mejor camino continua siendo “trade and not aid” (comercio y no ayuda), pero ya se sabe que la hipocresía arancelaria no tiene límites, especialmente por parte de los países y zonas económicamente más poderosos.

La Organización Mundial del Comercio es un gran bazar multilateralista. Más que un armatoste institucional, es un método para llegar a acuerdos de reciprocidad multilateral y reducir aranceles. Ya que no en otros asuntos, la comunidad internacional se acoge a un consenso para comerciar a sabiendas de que, cuanto más libre es el comercio entre naciones, mejor para todos. Esos consensos de la OMC en otros tiempos se dirimían a cañonazos y la fuerza daba acceso a nuevos mercados. Así fue como, en 1853, el comodoro Perry abrió los puertos del Japón a las naves norteamericanas.

Como comisario europeo para el comercio exterior, el laborista británico Peter Mandelson habla de una política de globalización en “positivo”. (“Progressive Governance Conference”, 04-04-08). Aunque los grandes beneficios de la globalización como dinámica para el crecimiento están fuera de duda, todavía hay que preparar las vidas de la gente para tanto cambio económico rápido, los sistemas educativos y las redes de seguridad social. ¿Cómo contentar a una clase urbana que ve decrecer su poder adquisitivo? Para Mandelson, si el mayor logro de la política progresiva en el siglo XX fue construir una sociedad en la que los riesgos individuales a los que los mercados exponían a la gente pudiesen ser gestionados con bienestar social y sanidad pública, el reto actual es hacer lo mismo con la globalización.

Una prueba categórica de que la inventiva humana es ciertamente uno de los grandes activos de la globalización, es la cada vez menor importancia de los recursos naturales cuando la humanidad dispone de recursos tecnológicos capaces de reconstruir aquellos recursos naturales dado el conocimiento de sus estructuras moleculares. Por eso hablamos de una “era cognitiva”.

Thomas Friedman, del *New York Times*, es el periodista global más célebre de esta década. Comenzó con *El Lexus y el olivo* y su aportación más reciente –como libro– es *El mundo es plano* (2005), subtítulo “Una breve historia del mundo globalizado en el siglo XXI”. Su conclusión no es compleja. La globalización está ya en manos de los individuos que colaboran y compiten en tiempo real con otros individuos en cualquier lugar del planeta y en términos de la mayor igualdad imaginable en el pasado, con computadoras, correo electrónico, teleconferencias, el teléfono móvil, interactividad, “software” en constante evolución, redes de fibra óptica. Todos los centros de conocimiento están conectados en una única red global, la cual –si la política o el terrorismo no obstruyen– llevaría a una era de prosperidad e innovación. Interconexión de fuentes de conocimiento, más comercio e integración equivalen a un pastel global más grande y más complejo, más rico. Se dan casos muy curiosos: México importa de China muchas estatuillas de la Virgen de Guadalupe y Egipto importa también de China farolillos del Ramadán. China puede fabricarlos más barato y asumir esos costes de transporte porque –como dice Friedman– el mundo es plano.

En *Comprender la globalización* –edición actualizada de 2007–, Guillermo de la Dehesa comienza por asumir la naturaleza positiva de la globalización a partir de que los ganadores son muchos más que los perdedores, aunque costes y beneficios por ahora no estén distribuidos equitativamente. Ashraf Ghani, rector de la universidad de Kabul y ministro que llevó a cabo las grandes reformas económicas en el Afganistán posterior a los talibanes, acostumbra a decir que el éxito de la globalización consistirá en la emergencia de una clase media global. Ghani es un hombre de ideas, de los mejores candidatos posibles a presidir el Banco Mundial o la secretaría de la ONU. Los sociólogos ya están destacando el peso específico de las clases medias en la India, Brasil o México. En su histórica visita a Israel en 2008, el discurso de la canciller Angela Merkel en la Knesset trató de la necesidad de una conciencia global.

La eliminación de fronteras económicas se ha sumado a la revolución informática para hacer posible un mundo de cambio económico acelerado y global. Se sumaba como factor categórico el desplome del coste de las comunicaciones. El proceso contribuye a minar los regímenes autoritarios.

Frente a la creencia de que la mundialización induce al desarraigo y genera uniformidad, se dan indicios para sostener que favorece la diversidad y crea nuevas comunidades. En este proceso de globalización, con todos sus defectos, el número de ganadores supera de forma holgada el número de perdedores: la escasa globalización es una fuente de carencias mucho mayores que el exceso de globalización. Globalización significa, en los términos más elementales posibles, mejor asignación mundial de recursos. Estado y mercado, globalismo y comunidad: hace ya tiempo que, en su formulación de las oportunidades vitales, Ralf Dahrendorf estableció la distinción entre vínculos y opciones. Años más tarde, Dahrendorf insiste en que diversidad y globalización son compatibles, dentro de ciertos límites. Otros observadores de lo que acontece, de la aceleración del ritmo que altera los ciclos de la sociedad, piensan de forma más sombría: al agrandarse los efectos de la globalización en la sociedad del conocimiento, suponen que triunfarán quienes sepan más, dejando al margen a quienes sepan muy poco, como una tribu extraviada. A la larga, la gran divisoria mundial será entre los países que han conectado con las corrientes globalizadoras y los que hayan quedado al margen. Los regímenes desconectados de la globalización van a ser los países con riesgo para la comunidad internacional. Donde haya más conexiones de red informática, más transacciones financieras y más seguridad colectiva, más estables serán los gobiernos y más próspera la sociedad, más futuro habrá para la democracia liberal.

Un caso ilustrativo es el de los granjeros europeos. Engrosaron las filas de la antiglobalización de forma muy belicosa, especialmente cuando les arengaba José Bové. Fueron más que activos en las tesis del altermundialismo, pero al final han acabado por aceptar los vectores de la globalización y con buen provecho económico. Han pasado de exigir de la Unión Europea medidas proteccionistas radicales a congratularse con los efectos competitivos de la libertad de mercado global.

En España, habiendo sido uno de los países económicamente más herméticos de Europa allá por los años cincuenta, la adaptación al dinamismo globalizador es muy significativa. Fallan la productividad y el I + D, por ejemplo, pero la clase empresarial española ha asumido con rapidez e inteligencia práctica los nuevos modos del competir. Mientras en las univer-

sidades tradicionales todavía se imparte ideología anticapitalista y, por tanto, altermundialista, las escuelas de negocios e institutos de empresa están preparando a la que será la nueva élite de la globalización. Hasta ahora, las empresas españolas han ido ganando cuota de mercado asumiendo muchos riesgos. La empresa española se ha internacionalizado con desenvoltura, del mismo modo que entendió precozmente lo necesario que era el esfuerzo de convergencia económica europea.

La globalización fluye a borbotones, con efectos cinéticos. En *Un futuro perfecto* (2000), John Micklethwait y Adrian Wooldridge, constatan que los componentes de un Boeing 757 provienen de unos cuarenta países distintos. Sostienen que la globalización, con sus muchos defectos, es un proceso salvaje pero también beneficioso, en el que el número de ganadores supera de forma amplia el de perdedores: la escasa globalización es por contra una fuente de mayores carencias que su exceso. El principal problema de los países más pobres y menos desarrollados del mundo no es que estén demasiado integrados en la economía mundial, sino que no lo están de forma suficiente. Lo que se viene demostrando es que el comercio mejora el crecimiento y que el crecimiento mejora la pobreza.

La mutación en la que vivimos consiste en haber alcanzado la sociedad del conocimiento y, en consecuencia, la economía del conocimiento. Cuenta cada vez más la aptitud de los individuos, su capacidad de aprendizaje en el contexto de una transformación mundial basada en elementos aparentemente tan insustanciales como el silicón, la fibra óptica y el aire. En su extremo, el pensamiento tecno-utópico cae en la tentación de creer que pudiéramos llegar a una sociedad sin conflictos, pero no es menos cierto que la ultra flexibilidad del capitalismo informático causa nuestro asombro todos los días. Ese concubinato espontáneo entre la desregulación –en telecomunicaciones, por ejemplo– y la inventiva tecnológica de vértigo va a constituirse en uno de los matrimonios legales más fértiles del nuevo siglo. Es un siglo sin hojas de ruta preestablecidas, un campo de batalla entre quienes apuesten por el recelo ante las consecuencias de la globalización y quienes supongan que existe una eficiencia evolutiva de los mercados, la sombría divisoria entre la élite del conocimiento y los desplazados por la sociedad del aprendizaje. Acciones y reacciones, antagonismos y

confluencias crecen bajo el múltiplo de la simultaneidad. Es una temporalidad radical, propia de la noción del post-progreso.

Los órdenes espontáneos que desarrolla la acción humana tienen sus propios estabilizadores automáticos, pero también es cierto que –como dice Guillermo de la Dehesa– en un mundo globalizado no va a ser suficiente con las instituciones nacionales de defensa de la competencia. Es difícil trasladar al horizonte internacional las labores y objetivos de la Dirección General de la Competencia y el Comisariado encargado de la cuestión para todo el conjunto de la Unión Europea. Transitoriamente, tal vez, ahí está la Organización Mundial del Comercio.

En encuestas globales, la mayor interconexión entre países se ve como causa de que haya mayor variedad de alimentos en los supermercados y de medicinas en las farmacias: la globalización ya es una rutina, con el contrapeso del temor a la pérdida de identidades. Más o menos ocurre con Internet. Sin queja alguna quieren conectarse todos los que no lo están y se quejan de algo los que llevan tiempo conectados. No es que el ciberespacio ya esté aquí: es que ya estamos en el ciberespacio. La innovación, como la libertad, a veces nos da miedo. La globalización es otro ejemplo de lo impredecible y compleja que pueda ser la interacción social y económica de los seres humanos. Puede incrementar las desigualdades económicas aunque se tiende a olvidar que los baremos de catalogación de la pobreza son relativos, en el sentido de que se refieren a los promedios de una sociedad, con lo que puede darse que haya más pobres en un caso que en otro pero con mayor bienestar y capacidad adquisitiva en términos absolutos.

Del mismo modo ocurre que los países con un más alto grado de interconexión informática propenden más significativamente hacia la democracia. No es del todo desproporcionada la tesis de que la expansión de la democracia en el mundo no tenga tanto que ver con la tecnología en sí misma como con la capacidad que tiene la tecnología para expandir internacionalmente la noción de la democracia. Gobiernos y sociedades necesitan asumir que tanto el esfuerzo de calidad en las infraestructuras como la excelencia en el sistema educativo, por ejemplo, no son solamente

para disfrute nacional: hoy son elementos básicos para competir en la escena global.

Para la Europa del año 2025, el European Ideas Network parte del planteamiento de que la globalización está transformando rápidamente el equilibrio global entre países. En 2060, China y la India probablemente absorberán el 50 por ciento del PIN mundial. En la vía de la tan traída y llevada Agenda de Lisboa, Europa sólo tiene la opción de intentar colocarse en primera línea de la economía del conocimiento –especialmente en nanotecnologías y biotecnologías–. Eso requiere una mutación del sistema educativo. Hay en el documento de EIN una deducción muy acertada: la globalización no divide en sí a la sociedad; es el miedo a la globalización lo que está dividiendo a la sociedad. Con todo, la estrategia de Lisboa no puede constituir por ella sola la respuesta de Europa a la mundialización, según Laurent Cohen-Tanugi (www.euractiv.fr, 15-04-08). A partir de un informe presentado al gobierno de Francia, Cohen-Tanugi razonaba que Europa no sólo no ha superado su retraso respecto a los Estados Unidos sino que puede ser superada por los países asiáticos en el próximo decenio. El carácter de la Agenda de Lisboa es “interno” y debe ser completado por políticas económicas “externas”. Ahí estarían una diplomacia de la energía, una diplomacia climática, una estrategia normativa internacional.

Con un toque visionario, George Gilder afirma que tanto en tecnología, como en economía y política de las naciones, la riqueza en forma de recursos físicos y materiales declina en valor y significado porque el verdadero capital de la actual economía capitalista –la electrónica, la revolución cuántica– no es material sino moral e intelectual. Ese carácter inmaterial de la riqueza transforma los modos de producción y recompensa a quienes eliminan trabas para la creatividad humana. El “chip” diminuto y su poderío siempre creciente alcanzan presencia orgánica como símbolo de una victoria sobre la materia. En los nuevos espacios del ciberencuentro, las dimensiones son inauditas. Asia se incorpora al ciberespacio con estadísticas casi increíbles.

Frente a las argumentaciones cada vez más deslavazadas de los movimientos alter-mundialistas, la conexión entre globalización y libertad

es muy clara, tan clara como que la caída del Muro de Berlín dio impulso a las dinámicas globalizadoras paralelamente a la opción de una Europa a veinticinco que el totalitarismo negaba. Llegaba la quiebra de los monopolios soviéticos de información. Véase ahora el impulso tecnológico y económico de las Repúblicas Bálticas. Lo dice Bill Gates: “Para conducir la innovación hace falta el capitalismo”. Como consecuencia del colapso soviético, vimos como la India abandonaba las inercias de la economía planificada y China avanzó por la senda de Den Xiaoping. El incremento de la población mundial involucrada en las tareas de la globalización fue inmenso. Van a cambiar no pocas concepciones políticas. Varía el sistema de identidades, los ámbitos de fiscalidad, las competencias del Estado-nación, las fronteras legales, cambios en las alianzas políticas, el tránsito del partido como jerarquía al partido como red, la propiedad intelectual, el contraste entre distintas tradiciones democráticas.

Por ejemplo: la globalización hace inadecuados unos mercados laborales constreñidos por regulación excesiva: en consecuencia, las empresas se desplazan a países con mayor flexibilidad laboral. La evidencia es que los países sin leyes laborales flexibles son propensos a un paro a largo plazo; del mismo modo que una regulación estricta para asegurar puestos de trabajo acaba por dificultar la búsqueda de un nuevo puesto de trabajo en caso de desempleo. Habrá que ver cómo se adapta el sindicalismo a la dinámica globalizadora.

En 2007, las conclusiones de un informe del Fondo Monetario Internacional atajaban razonablemente ese pesimismo inducido que produce algunas precipitaciones de la globalización, sobre todo combinadas con ese pesimismo malthusiano que cíclicamente entretiene a las minorías pensantes, como cuando en 1968 Paul Ehrlich predijo que cientos de millones de personas iban a morir de hambre en los años setenta y ochenta. Según el informe del FMI, la desigualdad crece en las economías más dinámicas; más desigualdad no implica pobreza, sino al contrario; los avances tecnológicos han sido factor de aumento de la desigualdad; la liberalización económica no crea desigualdad; la inversión extranjera sí crea desigualdad; también la crea la liberalización financiera.

Frente al cliché futurista de la homogeneización coercitiva y del “Gran Hermano” totalitario, la ciberdisidencia ya es uno de los rasgos de la globalización en beneficio de la democracia liberal. En Arabia Saudí, las autoridades bloquearon también el sistema de acceso a los “blogs” –existían ya 400.000 paginas bloqueadas–, pero hubo una presión crítica de la blogosfera mundial y Riad terminó por ceder. En casi todo el Oriente Medio la situación es similar: en la red crece la libertad y por tanto el futuro de la democracia liberal. Ocurrió en Irak al caer Saddam Hussein. Ha habido detenciones de “bloggers” en Irán. En general, el “blogger” de Oriente Medio apoya los reformismos políticos y el empeño de libertad. Cada segundo se crea un “blog” en algún lugar del mundo: 700.000 al día, según las estadísticas.

Instantaneidad financiera, nuevas migraciones, crisis de los sistemas de representación democrática, vuelcos geo-económicos: vamos a ver muchas cosas. Por suerte, mundializar la economía y asumir las mutaciones tecnológicas es una aventura para la que podemos avituallarnos echando mano de la experiencia histórica del capitalismo democrático. Un caso ilustrativo de la conexión entre tecnología y libertad fue Kosovo, cuando Milosevic aceleraba el proceso pavoroso de “limpieza étnica”. Esas ejecuciones en masa tenían lugar mientras los medios de comunicación de Belgrado sostenían que todo iba bien en el mejor de los mundos posibles. Siendo total la censura, sólo Internet pudo transmitir noticias auténticas. Un servidor llamado “anonymizer.com” –impulsado por la “Electronic Frontier Foundation”, defensora de la libertad y privacidad en Internet– ofrecía a los kosovares la oportunidad de enviar mensajes al exterior que no pudieran ser controlados por la autoridad. La señal de la emisora yugoslava de oposición a Milosevic, la B92, fue bloqueada por el gobierno pero pudo transmitir por Internet. Otro caso significativo es el disidente birmano, Htun Aung Gyaw, que lleva a cabo su activismo todas las noches creando redes de disidencia desde su casa en el Estado de Nueva York, del mismo modo que Internet fue imprescindible para los activistas demócratas de Timor Oriental.

Mutatis mutandi, los vídeos de Osama Bin Laden obtienen el mayor de los accesos. La tecnología permite a los terroristas operar cada vez con

menos soporte de un Estado. De eso al ciberterrorismo no hay una frontera que esté clara. Los zapatistas mexicanos han intentado ciberasaltos contra circuitos de sistemas financieros y se piensa que Al-Qaida dispone de un sistema bancario alternativo que opera a sus anchas en Internet. Quizás sea la configuración más exótica y temible de nuestro tiempo: los “crackers” talibanes al asalto de las fortalezas tecnológicas del mundo occidental.

Las telecomunicaciones son capaces de abrumar a cualquiera, pero hay siempre un ser humano que está a cargo del teclado o de la sala de controles. Para el cibernauta, los flujos de información pueden parecer excesivos, pero tiene la posibilidad de recurrir a servidores y filtros de confianza. Frente al Gran Hermano que controlaba los pasos de todo ser humano, es el ser humano quien le da al mando a distancia y elige entre la salsa rosa, la BBC o Al-Jazeera. Ese abanico de opciones no es poca cosa. La tecnología amplía opciones, da nuevas oportunidades, ayuda al individuo a deslindarse de la masa. También le masifica si a eso opta. Esa es la libertad que, al final de todas las avenidas de futuro, nunca será para los androides o replicantes. Si en “1984”, la tele-policía del pensamiento podía usar sus pantallas para imponer el totalitarismo, en el mundo de hoy millones de televisiones parpadean con el objetivo contrario: dar mejor información, hacer posible una ciudadanía más ilustrada o un *homo videns* más estulto. En Internet hay algo más que pornografía y cibercasinos, salvo si caemos en el reduccionismo de un futuro según el patrón de “Blade Runner”.

Somos sociedades cuyas instituciones fundamentales se basan en la tradición liberal, con economías inscritas en el libre mercado pero con una enojosa inercia hacia el paternalismo de Estado y la cultura de la dependencia. España es una sociedad insuficientemente impregnada de liberalismo y con un sistema cultural anclado entre las ruinas del colectivismo y de la tentación igualitaria, con unas universidades en las que Marx todavía pesa más que Adam Smith. Esas cosas no cambian fácilmente, pero hoy están cambiando a fuerza de hacer “clic”. De repente, uno navega por Internet y ahí donde no había nada ha aparecido una constelación de portales liberales, de “weblogs” individualistas, de bitácoras de contenido liberal en prosa castellana. Existe una interconexión de vínculos y conceptos gracias a esa alfombra mágica que es el hipertexto. Tomando posi-

ciones en el ciberespacio aparece una coalición de heterogeneidad liberal que ya opera incluso como contrapoder mediático. La evolución prodigiosa del utillaje informático ha dado paso al “weblog” y a “bloggers” como beneficio tan asequible del diseño rápido, la inmediatez en el tiempo y la accesibilidad universal.

Identidad y crecimiento mantienen claros desajustes pero sin dar por hecho que sean para siempre incompatibles. Estamos ante una práctica del capitalismo y del libre mercado a una escala sin precedentes y esos riesgos innominados generan miedo, como se vio en la psicosis de la antiglobalización. El dilema entre comunidad estable y movilidad adquiere dimensiones impensadas, con efectos impensables de dominó y las consecuencias más incalculables del estallido de una burbuja financiera. Es un mundo en el que los auténticos globalistas son los administradores de fondos de inversión.

Recomponer las relaciones económicas entre lo doméstico y lo transnacional va a significar todo un nuevo orden, capaz de entender y tutelar en lo imprescindible los ajustes al cambio global, el pánico en los mercados de cambio y el pago de la deuda internacional, como acostumbran a decir los editorialistas del *Financial Times*. Por inevitables y oportunas, las megafusiones requieren la consolidación y despliegue de instituciones económicas globales. Frente al riesgo de la falta de sincronización, el nuevo siglo exige milimetrar los modos de regulación global porque los nuevos mercados, como los de antes, requieren el imperio de la ley. Quizá nunca habrá sido tan complejo legislar, como ya se constata día a día en el proceso de integración europea. Legislar y al mismo tiempo desregular: ésa será la paradoja de los tiempos que vienen. Ni tan siquiera el poder es lo que era porque en un mundo de comunicación instantánea se extingue la jerarquía vertical. La línea de sombra se ensancha en la distancia entre las élites globalizadas y los sectores marginados por una mala sincronización del sistema. Irrumpen los populismos de la insatisfacción y del proteccionismo. A la larga, la gran divisoria mundial será entre los países que han conectado con las corrientes globalizadoras y los que hayan quedado al margen. Donde haya más conexiones de red informática, más transacciones financieras y más seguridad colectiva, y más globalización, más estables

serán los gobiernos y más próspera la sociedad. La desconexión significa peligro para los demás y posibilidad de cobijo para elementos del terror global. Los ciberestrategas sostienen que Bin Laden y Al-Qaida son puros productos de esa gran brecha entre el mundo globalizado y el mundo desconectado.

Tal vez la fibra óptica sustituya los hemiciclos parlamentarios, pero tanto la crisis de soberanía como la credibilidad del sistema financiero no se benefician en la incertidumbre. La vida digital requiere un código de tráfico para evitar el desfase entre la economía global y los modelos políticos y jurídicos. La mayor transparencia y solidez del sistema bancario es de las mejores garantías. Para algunos analistas, la globalización revela el potencial liberador que tiene el mercado para generar riqueza sin límites, siendo ciego como mecanismo para distribuir las consecuencias de tal riqueza. En el paisaje genérico –ciberpaisaje, en no poca medida– de la globalización, como siempre, hay que garantizar las normas de la competencia y concentración de poder. No regular más, sino regular mejor. Domesticar la globalización: es la gran reforma para las primeras décadas del siglo XXI.